Siete esqueletos decapitados





Para Bruno, justo a tiempo



Siete esqueletos decapitados

Antonio Malpica

el lado oscuro
OCEANO Travesía

Siete esqueletos decapitados int3 3 3/13/09 1:56:46 PM

Editor de Oceáno Travesía: Daniel Goldin

SIETE ESQUELETOS DECAPITADOS

© 2009, Antonio Malpica

Diseño: Francisco Ibarra Meza π

D.R. ©, 2009 Editorial Océano, S.L.
Milanesat 21-23. Edificio Océano.
08017. Barcelona, España. Tel. 93 280 20 20
www.oceano.com

D.R. ©, 2009 Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Blvd. Manuel Ávila Camacho 76, 10º piso
Col. Lomas de Chapultepec, Del. Miguel Hidalgo,
Código Postal 11000, México, D.F.
Tel. (55) 9178 5100
www.oceano.com.mx

PRIMERA EDICIÓN

ISBN: 978-84-494-1526-5 (Océano España)
ISBN: 978-970-777-499-5 (Océano México)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

HECHO EN MÉXICO / *MADE IN MEXICO*
IMPRESO EN MÉXICO / *PRINTED IN MEXICO*

Primera parte

Siete esqueletos decapitados int5 5 3/13/09 1:56:46 PM

Nicte, segunda labor

A través de los arbustos, Nicte acechaba.

Sus ojos no se apartaban del bulto que había depositado en la puerta de la casa del otro lado de la calle. Era una casa bonita de dos pisos. La familia que vivía en el interior era de clase media alta. Pero a Nicte no le preocupaban las etiquetas sociales; en su plan no cabían este tipo de consideraciones. Sólo se fijaba, y con gran escrúpulo, en el físico de sus víctimas.

Miró su reloj de pulsera. Pasaban de las diez y media de la noche. Sabía que las luces en el interior de la casa denotaban preocupación. A esa hora ya sólo debería estar encendida la televisión. Pero no ese lunes. No. Prácticamente todas las ventanas estaban vivas. Los corazones de los miembros de la familia se habían vuelto uno; y éste latía agitadamente. Un ir y venir de los padres a través de ciertos marcos de luz delataba su angustia. "Eso es bueno", se decía Nicte desde su oculta posición. "Eso es muy bueno".

Se acomodó en la hierba del jardín. Detrás, había un letrero: "Se renta". En esa casa no habitaba nadie. Y eso le concedía diversas ventajas. No tener que cubrirse las espaldas, para empezar. Aguardar toda la noche, en caso de ser necesario. Pero Nicte sabía que las angustias crecen exponencialmente. Y que, al llegar a cierto punto, son imposibles de controlar. En ese momento, en el que ella, la madre, abriera la puerta de la casa…. O él, el padre, diera con el espantoso obsequio... podría poner punto final a su segunda misión. Por ello, Nicte no se desesperaba. Porque sabía que en una hora, cuando mucho, todo detonaría. La angustia, el miedo y la desesperación forman un coctel letal.

Berlín, la calle, estaba oscura. Sólo los autos de los trasnochados de lunes se detenían en el semáforo de la esquina con Marsella para esperar el cambio de luz y seguir su marcha. Nicte aprovechó para sacar de su cartera dos fotografías. Las acomodó sobre el pasto de modo que les pegara la luz del farol. Sintió satisfacción. Con ése, ya eran dos. Ahora faltaban cinco. Y cinco niños es menos que siete. Su labor estaba en marcha.

Escuchó, del otro lado de la calle, que el volumen de las voces aumentaba. Los padres peleaban. El coctel hacía efecto. "Hay dolor", se dijo Nicte. "Eso es muy bueno". El padre y la madre se recriminaban mutuamente la falta de cuidado, la nula vigilancia. Que su hijo de once años no hubiera vuelto a casa después de dos días y que nadie supiera nada de él los tenía al borde de la locura. No había habido llamadas de ninguna especie. La policía no sabía nada. Probablemente fuera un secuestro pero… ¿cuánto tardaría el secuestrador en hacerles saber lo que pediría por el muchacho y si éste se encontraba bien? Nicte respiró en paz. Sabía que la incertidumbre terminaría pronto. Por eso no quería perder detalle. Devolvió las fotos a su cartera, junto con las otras cinco. Y volvió a posar su mirada sobre la gran bolsa café de gruesa tela que hacía su propia guardia a los pies de la puerta de la casa.

La madre comenzó a llorar. El padre guardó silencio. Los dos hermanos, totalmente mortificados, probablemente habrían renunciado ya al sueño. Todas las luces de todas las habitaciones seguían encendidas.

Entonces, ocurrió. La desesperación. La angustia. El miedo. La señora decidió salir de la casa, como otras tantas veces, a mirar en una y otra dirección de la calle con la esperanza de ver a su hijo volver, dar la vuelta a la esquina, bajarse de algún taxi.

No fue así. A sus pies ya la esperaba un misterioso obsequio. Nicte volvió a sentir un torrente de paz. Hizo una anotación mental: "Siete menos dos, da cinco". Contó los segundos mientras la señora intentaba levantar la bolsa, descorrer el nudo, insertar la mano…

Luego, el grito fulminante. Un grito que se quedaría en los oídos del padre durante años. Un grito de dolor como nunca han escuchado los oídos humanos.

El final era previsible: la madre caería desmayada. El padre acudiría con el rostro desfigurado de terror. Los hermanos, con la piyama puesta, bajarían las escaleras a toda prisa, renunciando para siempre al sueño.

De la mano de ella se desprendería la camisa de la escuela primaria a la que por cuatro años asistió su hijo, sucia de sangre. El

padre apenas alcanzaría a distinguir, por un hueco del espeluznante saco, algo que no podía ser sino un desnudo hueso. Abrazó a sus otros hijos para evitarles contemplar la escena. Pero era demasiado tarde. La casa se llenó de gritos. Esa zona de la colonia Juárez, en cambio, siguió quieta, silenciosa, indiferente.

Nicte miraba con aprobación el llanto de toda la familia. "El dolor es bueno", se dijo, antes de recostarse sobre el pasto de la casa en renta, antes de sonreír complaciente. Esperaría a que la confusión se trasladara al interior de la casa para salir de su escondite y volver a su guarida.

Siete menos dos, da cinco.

Capítulo uno

Eran las siete de la noche. El sol ya se ocultaba. Comenzaron a sonar los primeros acordes de "I can't quit you, baby" cuando Sergio tecleó el password de su cuenta para ingresar al Messenger. Justo en ese momento volvió a fallar el monitor de su computadora y todo se puso negro. Miró su rostro en el reflejo. "A quién miras, calvo", se dijo a sí mismo. Estaba tan orgulloso de su greña —cuando había podido tenerla— que, ahora que lo obligaban en la escuela a llevar casquete corto, siempre que se veía en algún reflejo se lo recriminaba. Se estiró por encima del escritorio y jaló el cable de corriente del monitor. Éste parpadeó tres veces hasta que volvió a encender. Cuando se restableció la pantalla, Sergio ya tenía un par de saludos en puerta: un amigo de su antigua escuela primaria y Jop. Al de su antigua escuela prefirió sacudírselo, le dijo que no podía atenderlo, que se había conectado al Internet para hacer una tarea. A Jop, en cambio, lo saludó con entusiasmo.

—*¿Tienes el nombre del grupo, Jop?*

Jop era la forma breve de *Hopeless* (sin remedio) con que se autonombraba Alfredo Otis, el único amigo de Sergio en la escuela secundaria. El padre de Jop había concluido que éste no tenía ninguna esperanza para ser un empresario de éxito, como lo eran todos en su familia. Y de ahí el mote.

—*Estoy platicando con una nena que dice que es ejecutivo de cuenta de un banco en Edimburgo. ¿Tú crees?* —respondió Jop.

Sergio y Jop se habían hecho amigos por el simple hecho de que Jop hablaba perfectamente inglés y le había traducido varias letras de sus discos a Sergio. Sergio, en pago, le ayudaba a aprobar los exámenes; al menos para garantizar un siete y que no lo expulsaran (como ya había ocurrido antes con otras escuelas) de la secundaria

Siete esqueletos decapitados int9 9 3/13/09 1:56:47 PM

"Isaac Newton" en la que ambos formaban parte del grupo 1°E. Al final resultó una amistad muy afortunada, pues eran más similares de lo que hubieran deseado admitir, ya que ambos reconocían que el otro encajaba perfectamente en ese tipo de muchachos que todo mundo reconoce como "inadaptados".

—*Pásame la dirección del grupo, Jop. Y ya no te molesto* —tecleó Sergio.

—*Estoy a punto de proponerle matrimonio. A ver qué me dice.*

Sergio comprendía que Jop tenía un humor retorcido. Y que uno de sus mayores divertimentos era hacerse pasar por gente mayor en la Red. Pero no lo criticaba. Cada quién se entretiene como puede.

—*Te voy a copiar la URL del grupo y la cuenta con la que me di de alta.*

—*Te debo una.*

La única otra cosa que podía volver loco a Sergio, además de tocar la batería, era todo lo referente a Led Zeppelin. Y Jop, en sus múltiples navegaciones en Internet había descubierto un foro de discusión en Argentina —sólo para socios— con un montón de fotos inéditas y otras curiosidades de la banda de rock inglesa de los años 70. Así pues, le envió a Sergio en el siguiente mensaje la dirección del grupo, la cuenta y la clave de acceso. A Sergio sólo le restaba entrar y bajar todos los archivos que pudiera sin entablar conversación con nadie, que eso de la suplantación no se le daba tan bien como a Jop.

—*Bueno, Jop, te dejo. Nos vemos mañana en la escuela.*

—*Ja. Dice que lo va a pensar.*

—*¿Quién?*

—*La nena escocesa.*

—*Ni hablar. Tiene pegue tu primo.*

Jop siempre mandaba, en ese tipo de aventuras, una foto de un primo suyo que tenía una beca deportiva en la Universidad de California. Sergio le dio un click a la dirección del grupo, en donde se le pidió que se identificara. Tecleó la cuenta y el password. "Bienvenido a ZeppelinManía", fue el mensaje que le arrancó a Sergio una enorme sonrisa.

Hizo hacia atrás la silla y, por flojera a colocarse la prótesis, caminó en saltitos hacia el baño. Ya tenía bien estudiado el movimiento y por ello prefería caminar por el interior del departamento sin la pierna ortopédica. No encendió ninguna luz porque, después de ocho meses de vivir ahí, conocía el espacio a la perfección. Se recargó en la pared del baño, hizo pipí y volvió al escritorio. Al sentarse, se frotó las manos, como hace quien está a punto de devorar un delicioso manjar. Pero una ventana nueva en el monitor consiguió borrarle la sonrisa.

Farkas desea iniciar una conversación contigo. ¿Aceptas?

Sergio pensó que alguien del foro de discusión lo estaba localizando. Y no pudo evitar contestar que sí aceptaba. Si el material contenido en la página del grupo lo valía, era capaz de decir cualquier cosa o de platicar con quien fuera.

—*¿Por qué un niño de doce años está interesado en música tan vieja?* —fue con lo que inició Farkas la conversación.

La mente de Sergio se revolucionó. Según él, no tenía alimentado ningún dato personal en la cuenta con la que entraba al Messenger. ¿Cómo podría haberse dado cuenta el tal Farkas de que era un niño de doce?

—*No sé. Me gusta el grupo* —contestó.

Farkas no añadió nada. Así que, para no dejar hilos colgando, Sergio preguntó:

—*¿Puedo bajar algunos archivos aunque esté chico?*

—*Por mí haz lo que se te dé la gana* —contestó groseramente Farkas. Luego agregó—. *Yo no tengo nada que ver con esa página.*

—*Gracias* —respondió, confundido, Sergio.

Entró a la sección de archivos y vio, complacido, que había varias carpetas con fotos, entrevistas y otras curiosidades de su grupo de rock favorito. Se dio a la tarea de explorarlo todo cuando llegó otro mensaje de Farkas.

—*¿Cuánto miedo puedes soportar, Mendhoza?*

Los ojos de Sergio se abrieron enormes. "¿Cuánto miedo puedo soportar?"

Luego, el mismo mensaje, repetido.

—¿*Cuánto miedo puedes soportar, Mendhoza?*

El monitor volvió a fallar, dejándolo todo en penumbra. Ya era noche cerrada y la oscuridad se lo comió todo en la pequeña habitación. Sergio sintió un escalofrío en la parte baja de la nuca que se expandió como una araña que abriera sus patas y se posara en su cabeza, en su espalda, en sus brazos.

¿Cómo había sabido su apellido? Su nick en el Messenger era "Poor Tom", igual que una canción de Led Zeppelin. Su cuenta de correo era sma1910 (sus iniciales y la fecha de su cumpleaños). No entendía qué estaba pasando. Además, el uso de puras mayúsculas en el mensaje le pareció ofensivo, casi una provocación. "¿Qué está pasando aquí?", se dijo.

Un ruido se coló desde el exterior de su habitación. Un pequeño crujido que consiguió, de nuevo, erizarle los cabellos. El crujido se volvió un golpeteo.

Más por costumbre que por voluntad, se estiró nuevamente para torcer el cable del monitor y remediar el "falso contacto". Éste encendió al instante. La pregunta de Farkas seguía ahí, suspensa, como flotando a mitad de la pantalla. Lo primero que hizo Sergio fue revisar su perfil en el Messenger. Tal y como pensaba, no había ninguna referencia personal, ni siquiera el sexo. Mucho menos la edad o el nombre. El crujido aumentó de volumen en el pasillo.

Crrt. Crrrrt. Crrrrt.

—¿*Cuánto miedo puedes soportar, Mendhoza?* —preguntó Farkas de nuevo.

El crujido, fuera de su habitación, era molesto. Y parecía estar ligado a la pregunta de Farkas. Sergio sintió que eran pasos. O golpes en la puerta del departamento. O un rechinido de goznes. O leves jadeos. Podía ser cualquier cosa. Podía no ser nada.

"¿Qué demonios pasa aquí?", volvió a preguntarse.

—*Poor Sergio. Poor, poor, poor Sergio* —lo molestó Farkas. "Pobre, pobre, pobre Sergio".

Crrrrt. Crrrrrrrt. Trató de comparar el ruido con algo, cualquier cosa, para determinar su origen. Aun pensó que podría ser el

vecino del piso inferior, quien a veces golpeaba el techo con un palo de escoba para conseguir que Sergio dejara de tocar los tambores. Pero no, era algo distinto. Era algo como...

Crrrrrt.

Prefirió no indagar más. Con dos clicks presurosos al *mouse* abandonó el Messenger. Su respiración era violenta. Aún sentía el escalofrío recorrerle el cuerpo. El crujido no se iba. Lo que le acontecía era algo muy parecido a una pesadilla. Le dolió el muñón de la pierna ausente. Miró la prótesis recargada sobre su cama. Por alguna razón sintió que debía ponérsela por si necesitaba correr. Pero… ¿por qué correr si nada lo estaba realmente amenazando? ¿O sí? Seguramente el ruido era algo perfectamente explicable. O probablemente no. "¿Qué pasa aquí?"

Se puso de pie y miró por la ventana hacia la calle. La estatua impasible de Giordano Bruno, como siempre, miraba hacia la plaza. La gente caminaba apática. Los autos transitaban con lentitud.

"No pasa nada, Sergio. No pasa nada", intentó tranquilizarse. Por razones muy íntimas creyó escuchar, a lo lejos, el lastimero aullido de un lobo. "Es una ambulancia", volvió a decir.

El aullido le mordía los tímpanos. "Tiene que ser una ambulancia". Otro aullido. "Una ambulancia, una ambulancia, una ambulancia", intentó tranquilizarse.

Miró el monitor. Todo estaba en calma en la computadora. Por un momento había temido que ni cerrando el Messenger se libraría del misterioso individuo que lo había molestado con tanta insistencia.

Crrrrrt. Crrrt. Crrrrt.

Tomó la prótesis y se la colocó con rapidez. Luego, caminó a la puerta de su cuarto y encendió la luz. Todo en paz, aparentemente. Pero el crujido… el crujido…

Pudo notar, entonces, que la puerta del departamento estaba abierta. Una suave brisa la golpeaba contra la pared una y otra vez. Una y otra vez. Una y otra vez. "¿Dejé la puerta abierta cuando llegué de la escuela? Dios mío. ¡Alguien se metió a la casa!"

Temblando, caminó al pasillo y encendió la luz. Lo mismo hizo en el cuarto de Alicia. En el baño. En la cocina. No había nadie. Los latidos de su corazón pulsaban frenéticos. Se recargó en el refrigerador, tratando de serenarse, preguntándose si eso no tendría algo que ver con su pasado, con lo que había ocurrido en el Desierto de Sonora cuando era casi un recién nacido.

"¿Cuánto miedo puedo soportar? ¿Cuánto miedo puedo…?"

—¡Oye, inconsciente!

No pudo evitar el sobresalto al ver la cara de su hermana en el dintel de la puerta.

—¿Crees que somos ricos? ¿Por qué tienes todas las luces de la casa prendidas, eh?